

## MODAS Y MODALES

Lo que más nos choca, cuando volvemos las pesadas cartulinas de ese álbum de fotografías, donde se agrupa cada familia con sus relaciones, es ver que los mismos hombres y mujeres de siempre pueden caracterizarse y disfrazarse tan variamente. Así los peinados, los mostachos y demás fantasías capilares, y así los trajes. Y como todo ello imprime carácter, los maniqués mismos se parecen modificar, según las modas. Todas las mujeres de la llamada Epoca Imperio, tienen ebúrneos cuellos mórbidos, como para recogerse el cabello en la nuca, y escurridos los hombros, como para dejar deslizarse la pañoleta de encajes, alto y delgado el talle y prolongada y firme la parte inferior del busto. En cuanto al pie, es breve, con el empeine

combado, y la mano, aunque exangüe, no parece refinada.

Los caballeros, por su parte, se han semejado entre sí todos, en los años de la Independencia. Cuesta distinguir un prócer de otro y a veces esta confusión sirve para hacerles estatuas en serie. Subsiste un estilo "padre de la patria", con tupé y chuletas, producto sin duda del alto cuello y las charreteras, o del morrión o el descomunal sombrero apuntado. Hubo, es cierto, Manueles Rodríguez y Simones Bolívar, es decir, padres de la patria pobres y padres de la patria ricos. Osvaldo Labarca representa muy bien todavía, entre nosotros, a los de primera clase; Emilio Rodríguez Mendoza, a los de segunda. Luego, más tarde, se impuso el modelo "pera y bigote Napoleón III". Y tuvimos, en las letras a don Pedro Nolasco Préndez, miembro correspondiente en Chile, de lo que don José Zorrilla significaba como tipo en España, y tuvimos en las armas, al coronel don Diego Dublé Almeyda. Luego después, predominó la barba cerrada o corrida "Príncipe de Gales", distinción diplomática, especie de "toi-són de oro", que le conocimos a don Domingo Gana, Ministro en Londres, a don Carlos Concha Suberca-seaux, a don Joaquín Fernández Blanco, Ministro en Madrid y, finalmente, imperó la manera del Kaiser y los bigotes con las puntas hacia arriba: Deutschland über alles in der welt, que llevaron en lo militar, Jorge Barceló Lira, director de la Escuela idem y, en lo civil, Ricardo Prieto Molina, a cuyo fin requeríase dormir cada noche con una especie de mordaza llamada

bigotera, de la cual no se debía prescindir, creo, sino en las expansiones conyugales o extraconyugales. Por aquella época, las señoras supraestimaban lo peli-agudo.

Se llevaron pantalones ajustadísimos, que había que endosar con calzador, y otros tan amplios, tan calzonazos, que no se llegaba a distinguir si eran faldas. Se usaron bombines con las alas encarrujadas para recoger el vuelo, hongos gris perla, pardos y negros, y otros con las alas extendidas y cuadrados de copa, como las cabezas. Un señor Marcoleta los hacía venir de París de Francia. Y como en un viaje pasara a tomarlos en persona a la sombrerería y explicara de qué clase de sombreros se trataba, el sombrerero le dijo a su vez que de esa no fabricaban sino para un cliente de América, un estafalario de Santiago de Chile, llamado Marcoleta. Fue ese mismo el que, para substraerse a las visitas de su suegra, hizo edificar su casa en la cima de un empinado cerro de San Bernardo, en tiempos que todavía el automóvil no repechaba pendientes, ni el aeroplano zanjaba quebradas.

Los sombreros de copa sufrían idénticas alternativas. Cristián no alcanzó la época en que lo llevaron los colegiales. De su abuelo niño había un daguerrotipo con una senda chistera en la mano; pero sí hemos conocido todavía sombreros de pelo plomos o cafés, para las carreras, y azules, amén de los del medio pelo, que verdeaban con el uso y, junto con quedarse ralos o calvos, parecían criar verdín o cardenillo.

Las señoras, por su parte, llevaron como sombreros las pamelas, atadas con cintas bajo la barbilla, las

capotas, también retenidas por una moña al lado de una oreja, y lanzáronse de repente a los artefactos desafortunados, acaso en contraste con sus faldas que eran exiguas y entabadas hasta casi impedirles soltar el paso. Todo el guardarropa les cabía en un estuche o un canuto, mientras para llevar sus sombreros necesitaban cajas-mundos. Les resultaba arduo, a las damas así ataviadas, subir a los tranvías, porque el vestido no daba de sí como para encaramarse, ni pasaba por ninguna puerta el vuelo del sombrero. "Siendo moda no incomoda", se solía decir, y ha de repetirse, puesto que algunos caprichos de entonces suelen volver a ponerse de alarmante actualidad. Sin embargo, nadie muestra retratos de esa época, sin provocar a risa y, no viendo la viga en su ojo las muchachas de hoy, ven la paja en el de sus abuelas y las creen deschavetadas. ¡Ni tanto ni tan poco!

Tales eran las modas; más los modales conservaban cierta afable ceremoniosidad, cierto empaque señorial. Casi nadie se tuteaba, ni aún en la intimidad de la familia. Los padres preferían tratar de usted a sus hijos y éstos les devolvían el tratamiento, substituyendo a veces las denominaciones padre, madre, por señor y señora. En el pueblo se decía taitita y mamita. Papá, mamá, sirvieron de transición para llegar a esos horribles y psiúticos "papi, mami" que, en boca de quien quiera, suenan a mofa, pero en la del proletariado parecen befa y ludibrio.

Asimismo, la mujer, a menudo no se atrevía a llamar al cónyuge por su nombre, sino por su apellido

y hablaba de él en tercera persona. Por poco le hubiera conservado el don. Los criados, en cambio, se calificaban a sí mismos de sirvientes, porque tampoco se inventaba el eufemismo cursi y poco democrático de "empleado" y tuteaban a los señoritos y señoritas y hasta solían hacerles entrar en vereda con regaños y correcciones, sin que ni unos ni otros creyeran resentirse sus respectivas clasificaciones sociales. Se interesaban por la casa donde servían; esos buenos servidores no "abonaban" las maldades de los niños, ganándose no sólo su respeto, sino que también su afecto. ¿Quién de nosotros no creció considerando como una persona más de la casa y a veces parte integrante de ella, a alguna antigua doméstica? En la familia de Cristián hubo cierta Mama Dotea, inspiradora de varios cuentos suyos, entre otros de aquel donde se narra su locura.

Solterona y enteramente consagrada a su servicio, como a una devoción, saliendo por los fueros del rango de sus patronos, al punto de envanecerse de sus abuelos y cualidades y de disimular sus flaquezas de carácter y sus alternativas de fortuna, tenía personalmente algunos ahorrillos, y éstos fueron causa de que un cochero, también al servicio de los Delande, le hiciera la corte y la pretendiera en matrimonio.

Su ama puso, cuando lo supo, el grito en el cielo y le dio a escoger a la cuitada, a la incauta, entre esa azarosa aventura con un desaprensivo, veinte años menor que ella, y su persistencia en el hogar solariego. Al propio tiempo hizo que, por haldas o por mangas,

se estableciera tierra por medio entre seductor y seducida.

Esta pareció avenirse y sólo al cabo de los meses puso al corriente de su estado a la señora, y en otra ocasión se cerró el torno de la cocina, por donde pasaban guisos y postres, y se supo o se adivinó que Mama Dotea guardaba cama.

Fue entonces la sorpresa, la verdadera y grande, al principio casi inexplicable. Porque no había nada, absolutamente nada. Mama Dotea había simulado un embarazo y, naturalmente, mal podía dar a luz.

Dar a luz para los demás, pues para ella empezó una maternidad imaginaria, con todas sus peripecias, hasta que se dieron cuenta que la pobre estaba enajenada.

Con una tierna y suave demencia, la cual duró años y, en su transcurso, fue procurándole a la pobre madre de ensueño, todas las inquietudes y las alegrías por donde pasan las madres verdaderas.

El primogénito crecía y otro se le siguió. Sufrían la dentición, la alfombrilla y unos porotitos de anemia. En cuanto al padre, al hombre, tan pronto era trabajador y afectuoso, tan pronto la hacía llorar y ocultar sus lágrimas. Otras veces, la cocinera requería consejos y otras confeccionaba ropitas para sus invisibles pequeñuelos.

Y era conmovedor y patético, sorprenderla en su cocina solitaria, cuando hacía la parte de cada uno y los ponía a comer: ¡Estate sosegado, Tito! (naturalmente uno llevaba el nombre de alguno de los patron-

ditos). ¡Y tú, Tilita, no distraigas a tu hermano y no lo hagas portarse mal!

Así hasta el fin. Sólo que la muerte pareció despertarla de la vida y, más cruel, la hizo recuperar su lucidez en los últimos instantes. Paseó la mirada entorno suyo contando con los ojos a los asistentes y, muy bajo, murmuró como para sí:

—Alguien falta... ¿Quién falta?

¿Quién? ¡Dios mío! ¡Todo el mundo de su fantasía! Y he aquí cómo esta comedia del ser y del no ser, no es sino un sueño con sueños, primero y un sueño sin sueños, después.